

Confinamiento

Karla Moreno Chacón

Hoy es un mundo completamente extraño. Las calles están solas, no hay gente, ni niños, ni ancianos ni nada; pareciera que el planeta se vació de pronto. Me vienen a la mente las escenas post apocalípticas del cine. Todo está desierto y en silencio. Los edificios siguen en pie. Pero no hay gente. Nadie.

Y sé que es como esos terrenos en los que no se ve nada aparente, pero debajo existe todo un mundo de hormigas que recorren túneles y pasadizos. Así nos siento, como hormigas en invierno. Flota en el aire una sensación extraña. Hay sueños locos, exacerbados por la intrepidez de la mente y sus caminos distópicos.

Tuve un sueño recurrente hace varios años; salgo a la calle y no hay un alma. Es como si toda la gente se hubiese esfumado de pronto. Sin alguien que me dé respuesta a lo que aconteció.

Pero ahora es real. Mucho tiempo después de aquel sueño que me asfixiaba y me hacía sentir tan incómoda y confusa.

Los sueños comienzan a ser más extraños de lo habitual:

Soy aquella que baila vestida con túnica de terciopelo en un bosque junto a un lago por la noche con otras mujeres. A un lado, asan un jabalí en una hoguera. Me alcanza el aroma. Hay antorchas a nuestro alrededor.

Soy una campesina que huye de un animal por el campo. Soy una sirena sumergida en el mar y hago señas a un bergantín en el ocaso. Cuando los tripulantes se asoman, me hundo en el agua, me escondo.

En mis sueños soy muchos personajes y ninguno. Navego mis noches con inquietud y zozobra.

Si salgo, debo usar el incómodo cubre bocas, pero me lastima y me pica, me acalora e incomoda y acabo por tocarme más la cara. Me siento despersonalizada. Quiero ser esa sirena o esa mujer con capucha que danza en el bosque, porque parecen libres. Pero no quiero ser la que huye de una bestia en el campo, ¡no, esa no, porque no hay manera de esconderse!

¿Existe una palabra para el no miedo? ¡Valor!, no, no es ésa. No siento ni miedo ni valor. No temo. Pero hay asfixia.

Si salgo, mis lentes de sol se empañan con mi respiración. Regreso temprano a casa. El sudor me recorre el cuerpo. Él me mira con amor. Quiero creer que es amor, pero sé que es más bien lascivia. No quiero irme a dormir, no quiero hacer el amor, no tengo ánimos, no hoy.

Me salva la alerta de un mensaje de texto. Es mi amiga. Su padre falleció. Voy como una sombra a gritar mi pena, su pena. La grito a través de una laptop. Sí, estos aparatos son hoy por hoy los reyes de la existencia.

Ya es de noche y los rayos de la luna me llenan la cara en la terraza. Enciendo nerviosa un cigarrillo. Él me recuerda: es más probable que mueras de Covid, por fumadora. Es raro, pero me relajo al escuchar su voz y le respondo: ¿Sí?, por cierto, soñé que morías tú, Fernando.

Él me mira con los ojos muy abiertos. Y doy otro sorbo a mi cigarrillo, exhalo el humo mientras esbozo media sonrisa.

Mis pequeñas venganzas por estar confinada con él son varias. Él también tiene sus métodos, pero son más rudimentarios.

Las noticias me acosan por todos los medios. Son como enjambres de mosquitos molestos por las noches, todo el tiempo zumbando a mi alrededor. El encierro se vuelve cada vez más intolerable.

Pretendo no escuchar ni saber nada más, hago un conjuro para alejar esos murmullos.

Entonces está él, ahora yo deseo, deseo perderme entre sus besos y caricias y ser una sombra que no sabe qué o quiénes están fuera, mientras que él entra en mí con suavidad. Luego siento su furia dentro de mí. Nuestras furias se confunden y me viene una avalancha de imágenes mientras me sofoco hasta llegar al éxtasis.

Me giro en la cama, estoy empapada necesito agua, sólo agua.

Paso de ser sombra a diluirme en el agua fresca.

Amanece. El hastío del confinamiento y la sobre información, se ha ido por momentos. Suena el celular, una vídeo llamada, otra amiga está mal, pienso que es el virus, pero no; es el miedo el que se la lleva, tiene episodios de ansiedad. La abrazo con mi mirada desde la cámara.

Voy a la cocina, observo cómo se disuelve el café en mi taza, sostengo la cuchara llena de azúcar lo más alto que puedo y la dejo caer suavemente, como cascada en la taza, me gusta pensar que son estrellas fugaces. Suspiro... Me viene una angustia y no entiendo por qué me siento así. Quiero escapar de esta época difícil, deseo correr, huir de mí misma y de un futuro incierto. Mientras doy sorbos a la taza, siento cómo él llega por detrás y rodea mi cintura con sus largos brazos y emite un sonido, algo así como un "Mmmmh". Igual nos rodea la mañana. Giro mi cabeza y él alcanza a besar mi cuello, me comparte su zozobra. Suspiro de nuevo y me aparto. Debo trabajar.

Hay una despersonalización en mí. La veo con claridad. Me miro desde arriba, desde fuera. Esos instantes pasan como en cámara lenta.

El espejo me devuelve una mirada atónita. No soy esa mujer de la capa color burdeos que danza cerca de un lago por las noches. Tampoco soy la que sale a la calle y la encuentra desierta. Ni la campesina que soñé. He perdido la cuenta del tiempo, la pila del reloj de pared se acabó hace mucho y no la he cambiado.

Para qué. Para quién.

Juego con mis perros en el jardín. El clima es fresco. Siento que sus ladridos, las carreras y mis risas son los únicos sonidos que existen. Lo demás es silencio. Pero sé que nos escuchan. Alguien tiene que escuchar nuestro barullo.

Ya son las cinco de la tarde. Entramos a la cocina. Huele a comida y a hogar. Fernando nos mira y pregunta si ya comemos. Mientras me lavo las manos una y otra y otra vez, él limpia el lodo que han dejado los perros en el piso y les pone alimento.

Nos sentamos frente a frente. Él hunde su cuchara en la sopa mientras dice con pasión: ¡anoche estuvo increíble!

Como no quiero opinar, levantó una ceja y comienzo a comer mi sopa, así no tendré que responder. Él insiste, entonces llamo a mis perros para darles trocitos de pan. Al fin se da por vencido.

Esa noche, mientras toma una ducha, le digo que dormiré en la otra recámara. Salgo sin dar explicaciones. Me alcanza al rato y me dice que justo había pensado en hacer lo mismo; dormir en la otra habitación.

No te las des de ingenioso, le digo. Quiero descansar, estar sola.

Pregunta qué me pasa y repito que quiero descansar, porque tengo una reunión virtual temprano. Me responde que él también está cansado. Entiendo la intención, pero igual le digo, aprovecha para descansar esta noche. Salgo y me pide que apague la luz.

Ya a solas, me estiro por completo. Tomo mi celular y comienzo a divertirme con los chistes y los vídeos de Tik tok.. Empiezo a reír cada vez más alto. Después pongo música relajante y me pierdo en mis sueños.

Hay uno, dos, tres, muchos países que lloran como el mío. Lloran el hambre. Lloran la soledad. Lloran la incertidumbre y lloran la muerte. Despierto acongojada. Ya no quiero soñar. Cada vez los sueños son más locos.

Hay un jabalí que gira sobre el fuego. Otra vez ese bosque desconocido. Es de noche y traigo mi capa de terciopelo color burdeos con capucha. Danzo alrededor del jabalí tomada de las manos con muchas mujeres vestidas igual. A un lado está el lago. Me salgo del círculo y corro hacia él, mientras el sonido de la música con cuerdas y panderos se aleja. Salto desde una enorme piedra y me sumerjo por completo.

Después de un rato emerjo, pero la capa empapada pesa mucho, aun así nado hasta la otra orilla y consigo salir del lago. Exprimo un poco mis pesadas ropas y corro para huir de la espesura de ese bosque.

Amanece, tomo el celular, ya estamos en junio. ¿Cuántos sueños he estado encerrada?